

en las advertencias sobre el peligro de la lectura por parte de la Iglesia católica (*Los daños del libro* de A. López Peláez, obispo de Jaca, se publica en 1905), e incluso del médico de Barcelona, Prudencio Serañana y Partagás, quien cuenta la historia de la joven Julia nacida en 1856, que de la «voluptuosa lectura» llegó a prostituirse⁷.

Al hablar de lectura popular, ¿podemos prescindir de referirnos a la existencia del ocio como valor y como realidad? El tiempo del ocio necesario para la lectura: ¿quién puede conquistarlo? ¿cómo se conquista? ¿quiénes en las clases populares pueden no dedicar la totalidad de sus ingresos a su mantenimiento material? No olvidemos que el famoso real, precio de una entrega, casi lo es también de un pan de 690 gramos en 1860-65⁸ y que los informes de la Comisión de Reformas Sociales en los años 1880 no dejan traslucir mucha práctica de la lectura entre los obreros, ni dinero en los presupuestos domésticos para tal destino pero sí, acaso, alguno para el periódico o el teatro⁹.

Todas estas preguntas, que podrían multiplicarse, han de llamar nuestra atención sobre el grado de desconocimiento de la historia de la lectura y de las prácticas culturales en España y, por consiguiente, sobre la dificultad de adscribir tal o cual género o comportamiento a un pueblo español anacrónicamente contemplado.

Sin embargo, por investigaciones parciales, como la realizada por Pedro Luis Moreno Martínez sobre Lorca para el período 1760-1860 (1989), podemos ya matizar y hasta rectificar muchas ideas recibidas y reproducidas y, sobre todo, recordar que el tránsito de la cultura oral a la cultura impresa carece de linealidad y que tampoco es universal en el tiempo¹⁰. Más concretamente, podemos observar cómo si la presencia del libro religioso es afín a todas las clases sociales, la gran expansión de la novela en el

⁷ La prostitución en la ciudad de Barcelona, *Barcelona*, 1882, pág. 170.

⁸ Sobre la relación entre los precios de la *Sociedad Literaria*, por ejemplo; y la capacidad adquisitiva del público potencial, véase el estudio de V. Carrillo, *Marketing et édition au XIX^e siècle (L'infra-littérature en Espagne aux XIX^e et XX^e siècles)*, Presses Universitaires de Grenoble, 1977, págs. 41 y ss.)

⁹ En 1868, existen 2.820 lo-

calidades de *café-teatro* en Madrid y alrededor de 15.000 localidades de teatro y se hace referencia a 1.100 representaciones únicamente en 7 teatros (F.J. Bona, Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid, *Madrid*, 1868).

¹⁰ En su tesis, Pedro Moreno Martínez observa que se produce una jerarquización social en el espacio entre el campo, la huerta y la ciudad (incluso en ésta entre las distintas parroquias), que el nivel y la calidad de la

alfabetización está en función de criterios ocupacionales y de riqueza, que la alfabetización tiende a desplazarse de arriba a abajo, dentro de la pirámide social, y que los auténticos beneficiarios del incremento de la alfabetización son los varones del artesanado y los del sector servicios; que en el caso de la sociedad femenina, el acceso a la lectura y a la escritura está más condicionado por su adscripción a ciertos grupos privilegiados (clero, nobleza, pro-

pietarios y/o «doñas») que por su integración en el mercado del trabajo, que la difusión social de la lectura es también un fenómeno preferentemente urbano, con una fuerte conexión con el nivel de riqueza (ningún lector con valor patrimonial inferior a los 5.000 reales de vellón), que cabe distinguir entre los propietarios de pequeñas bibliotecas situados entre clases medias urbanas y pequeña burguesía.

segundo tercio del XIX queda sólo reflejada en los grupos socialmente más distinguidos. Así, por ejemplo, las cinco únicas novelas de Manuel Fernández y González inventariadas en Lorca se encuentran en la biblioteca de un ex-alcalde, Ginés Pérez de Lucerga; «los lectores de novelas por entregas, escribe Pedro Luis Moreno Martínez, son los grandes propietarios, el aristócrata, algunos miembros del ejército e incluso, rara vez, personas de las clases urbanas locales, en concreto, un salitrero» (1989)¹¹.

Por supuesto, la extrapolación a otras ciudades, regiones y períodos sería tan equivocada metodológicamente como las afirmaciones dogmáticas antes referidas. Conste, pues, solamente, que la lectura puede hacerse cada vez más popular (¿según qué ritmo?, ¿según qué disparidades espaciales?, etc.) pero que sólo procesos analógicos, reductores y a menudo anacrónicos, pueden haber autorizado la adscripción al pueblo de una serie de productos de índole y uso mucho más ambiguos y que a lo sumo se podrían calificar de «más populares» (que otros), potencial o efectivamente, según el grado de conocimiento directo o indirecto que de ellos se tenga.

II. De la lectura a las lecturas y a la narrativa del pueblo

En lo que es, pues, un proceso de incorporación de nuevos lectores (entre los que los lectores del pueblo han de ser cada vez más numerosos) a partir de los años 1840 hasta muy entrado el siglo XX, conviene partir de lo elemental o sea del acceso a la lectura como capacidad pero también como satisfacción material de una necesidad, y del comportamiento ecléctico que puede acompañarla.

De la adquisición de un bien con valor simbólico-mágico (el almanaque o el libro «que habla») se pasaría a comprar «lectura». Interesa recordar al respecto la asimilación que se hace entre lectura y cantidad: de la anécdota de aquel que quería adquirir seis pares de Francia por cuatro reales en vez de doce por ocho¹² hasta la precisión de los editores Gaspar y Roig, cuando señalan que «cabe en las 40 ó 50 entregas la lectura que en las ediciones anteriores llevaba 60 de ellas (para la edición de *El cocinero de Su Majestad* de Manuel Fernández y González)¹³. El tránsito hacia una aprensión cualitativa y discriminada de lecturas corre parejas con la adquisición de unos hábitos culturales que no aparecen sino minoritaria y tardíamente. Basta con ver la amplia predominancia del título sobre el autor, con el consiguiente anonimato e, incluso, anonimización (por ejemplo, *Le Comte de Monte-Cristo* de Alexandre Dumas publicado en *Le Journal des*

¹¹ Véase, también, el inventario y tasación de los bienes quedados por muerte de Don José María Álvarez, propietario de una confitería en Madrid (Montera, 71), donde, el 15-9-1846, se encuentran Los Misterios de París, Los Misterios de Madrid, El Judío errante, Nuestra Señora de París, Hans de Islandia, etc. y la Vida de Espartero sin encuadernar (Protocolos 25431, not. Juan Manuel Aguado), el estudio de Jesús A. Martínez Martín sobre Lectura y ladrones en el Madrid del siglo XIX (Madrid, C.S.I.C., 1991).

¹² Boletín bibliográfico español, IV, pág. 256.

¹³ Aún en los años 1920, la «Colección Universal» de Calpe con sus 20 números al mes, se autopromociona con el argumento de «2.000 páginas de selecta lectura» por 15 pesetas trimestre.

Débats de 1844 a 1846, se publica en Valladolid en tres pliegos de cordel en 1856 bajo el título *Historia de Edmundo Dantes Conde de Monte-Cristo*, sin más precisiones), confirmada por una precisión de J. Llusà Isamat en el Catálogo del Ateneo Obrero de Barcelona (1893): «Generalmente es más fácil saber el título de la obra que se busca que no el nombre de su autor» (para justificar el criterio de clasificación por él adoptado).

En las listas de «obras por entregas» que algunos editores publican, están incluidas, entre una mayoría de novelas, obras de historia como *Los Borbones ante la revolución* de Manuel Henao y Muñoz (1870, 875 + 858) que incluso pueden sugerir un uso casi indiferente de la novela histórica y de la historia novelada. El mejor ejemplo de usos teóricos o aparentemente indiscriminados nos lo dan los 230 y pico títulos de lo que puede llamarse la «Bibliothèque bleue espagnole» o sea, de historias que son mayoritariamente narraciones en prosa de vidas de santos, de bandidos, de personajes ilustres, de episodios de la historia de España y también de novelas más o menos compendiadas, «clásicas», pero también del XVIII, románticas y adaptadas del teatro, etc. (Botrel, 1986; 1987/4).

Estas «historias» que son todas más o menos lecturas de corte narrativo, como vienen a serlo otras biografías, son representativas de los llamados *champs d'épandage*¹⁴, vertederos narrativos, como también lo son los tratamientos gráficos que se da a determinados temas literarios en los aleluyas o auques¹⁵, las causas célebres como *Los procesos célebres de todos los países* publicados en fascículos por Salvador Manero en Barcelona, como los romances narrativos, algunos tan famosos como *La Renegada de Valladolid* o también, la adaptación novelesca del drama *El gran galeoto* por Rafael Ginard de la Rosa.

La prensa, por su parte, permite, como se sabe, una lectura narrativo-ficcional de los sucesos más sonados y seriados como en el caso del crimen de la calle de Fuencarral o de la Niña Mártir y la Duquesa de Castro Enriquez, encarcelada tras sevicias infligidas a la niña Juliana de San Sebastián, historia claramente dualista (*Heraldo de Madrid*, junio 1891).

Con este conjunto bastante heteróclito puede tal vez operarse una o varias de las intersecciones aludidas sin necesidad de recurrir a categorías previas (o sea elaboradas *a posteriori*), ya que pueden resultar de uso popular (por parte del pueblo) bienes de estatuto bibliológico distinto, unificados por la adscripción funcional que *de facto* se da a lo narrativo, aun cuando sea de manera indirecta (*détournement de sens*), de producciones no estrictamente narrativas.

Aquí echamos de menos unas *histoires de vie* del siglo XIX que todavía no han aparecido en España, tal vez por lo que decíamos del escaso y tardío desarrollo de la cultura escrita. A falta de ellas tenemos que recurrir

¹⁴ Expresión utilizada por Noël Arnaud en su estudio publicado en *Entretiens sur la para-littérature*, París, Plon, 1970, pág. 420.

¹⁵ Nada más que en la serie *Marés*, Minuesa, Hernando son 115 los aleluyas publicados.